

Para padres de alumnos de 9º, 10º de EGB y 1º de Div.

LA ADOLESCENCIA EN EL PROYECTO DE VIDA

La adolescencia representa, en el desarrollo del sujeto, el período de la proyección de sí, y por tanto, del descubrimiento de la propia vocación. Los padres cristianos deben «formar a los hijos para la vida, de manera que cada uno cumpla en plenitud su cometido, de acuerdo con la vocación recibida de Dios» Se trata de un empeño de suma importancia, que constituye en definitiva la cumbre de su misión de padres. Si esto es siempre importante, lo es de manera particular en este período de la vida de los hijos: «En la vida de cada fiel laico hay momentos particularmente significativos y decisivos para discernir la llamada de Dios... Entre ellos están los momentos de la adolescencia y de la juventud.

A partir de 9º de EGB se generaliza más la atracción por las chicas, el deseo de frecuentar su trato y, unido a la aspiración de ser mayores y a la presión comercial que se ejerce sobre ellos como mercado potencial, el deseo de frecuentar locales de baile y música orientados hacia gente de su edad o ligeramente mayores. Hay tres aspectos que los padres tienen que tener en cuenta:

- 1) Es propio del desarrollo de la libertad la integración de las tendencias y sentimientos para llegar a ser capaces del don de sí en un compromiso amoroso definitivo.
- 2) La progresiva relación de amistad con chicas debe estar presidida por un gran sentido del respeto hacia ellas (en el modo de hablar entre ellos, en los pensamientos, en la conducta) y del sentido de responsabilidad de la propia virilidad orientada hacia el amor futuro.
- 3) Es una etapa importante en el descubrimiento de la propia vocación como proyecto de Dios. El inmediatismo –y la disminución de la esperanza– de la cultura ambiental tiende a confinar las aspiraciones al próximo fin de semana; los padres –con el tono de su ejemplo, de sus valoraciones y orientaciones– tienen que despertar ideales nobles, ilusionantes, asequibles con la gracia de Dios y el empeño perseverante, de servicio a Jesucristo, a la sociedad, a su futura familia.

Es un momento importante de desarrollo del proceso de socialización, además de un momento decisivo de la maduración personal; necesitan la cercanía y paciencia, la firmeza y el *ejemplo de sus padres*, como creyentes prácticos y consecuentes, como personas enamoradas en el matrimonio, como profesionales y ciudadanos responsables, como personas fieles en el trato con sus propios amigos, que *se alegran del crecimiento* de sus hijos. Durante este período son muy importantes las amistades. La adolescencia es una época en que los jóvenes gozan de más autonomía en las relaciones con los otros y en los horarios de la vida de familia. Sin privarles de la justa autonomía, los padres han de saber decir que no a los hijos cuando sea necesario y al mismo tiempo cultivar el gusto de sus hijos por todo lo que es bello, noble y verdadero. Deben ser también sensibles a la autoestima del adolescente, que puede atravesar una fase de confusión y de menor claridad sobre el sentido de la dignidad personal y sus exigencias. Hay que ayudarles a ser pacientes en el proceso de su propio crecimiento sin quemar etapas (noviazgos prematuros) y en el ejercicio responsable de su progresiva autonomía: horarios propios de su edad –poniéndose de acuerdo con los padres de los amigos–, planes y lugares de descanso, y encuentros verdaderamente adecuados. En este campo, además de la fortaleza para apartarles de las discotecas, hace falta ayudarles a ser creativos en la búsqueda de modos de diversión y de relación con amigos y amigas.

Durante la pubertad, el desarrollo psíquico y emotivo del adolescente puede hacerlo vulnerable a las fantasías eróticas y ponerle en la tentación de experiencias sexuales. Los padres han de estar cercanos a los hijos, corrigiendo la tendencia a utilizar la sexualidad de modo hedonista y materialista: les harán presente que es un don de Dios, para cooperar con Él. De esta manera los hijos aprenderán el respeto debido a la mujer.

NECESIDADES EDUCATIVAS EN ESA EDAD

Al responder a las preguntas de sus hijos, los padres deben dar argumentos bien pensados sobre el gran valor de la castidad, y mostrar la debilidad intelectual y humana de las teorías que sostienen conductas permisivas y hedonistas; responderán con claridad, sin dar excesiva importancia a las problemáticas sexuales patológicas ni producir la falsa impresión de que la sexualidad es una realidad vergonzosa o sucia, dado que es un gran don de Dios, que ha puesto en el cuerpo humano la capacidad de engendrar, haciéndonos partícipes de su poder creador.

Ya que durante la pubertad los adolescentes son particularmente sensibles a las influencias emotivas, los padres deben, a través del diálogo y de su modo de obrar, ayudar a los hijos a resistir a los influjos negativos exteriores que podrían inducirles a minusvalorar la formación cristiana sobre el amor y sobre la castidad. Siempre, pero especialmente en las sociedades abandonadas a las incitaciones del consumismo, los padres tendrán que cuidar –sin hacerlo notar demasiado– las relaciones de sus hijos con adolescentes del otro sexo. Aunque hayan sido aceptadas socialmente, existen costumbres en el modo de hablar y vestir que son moralmente incorrectas y representan una forma de banalizar la sexualidad, reduciéndola a un objeto de consumo. Los padres deben enseñar a sus hijos el valor de la modestia cristiana, de la sobriedad en el vestir, de la necesaria independencia respecto a las modas, característica de un hombre o de una mujer con personalidad madura.

Es fundamental que los jóvenes no se encuentren solos a la hora de discernir su vocación personal. Son importantes, y a veces decisivos, los consejos de los padres y el apoyo de un sacerdote, o de otras personas adecuadamente formadas, capaces de ayudarlos a descubrir el sentido vocacional de la existencia y las formas concretas de la llamada universal a la santidad. Es necesario que no falte nunca en la formación impartida dentro y fuera de la familia, no sólo la enseñanza de la Iglesia sobre el valor eminente de la virginidad y del celibato, sino también sobre el sentido vocacional del matrimonio.

Los padres deben prepararse para dar, con la propia vida, el ejemplo y el testimonio de la fidelidad a Dios y de la fidelidad de uno al otro en la alianza conyugal. Su ejemplo es particularmente decisivo en la adolescencia, período en el cual los jóvenes buscan modelos de conducta reales y atrayentes. Como en este tiempo los problemas sexuales se tornan con frecuencia más evidentes, los padres han de ayudarles a amar la belleza y la fuerza de la castidad con consejos prudentes, poniendo en evidencia el valor inestimable que, para vivir esta virtud, poseen la oración y la recepción de los sacramentos, especialmente la confesión. Deben además ser capaces de dar a los hijos, según sus necesidades, una explicación positiva y serena de los puntos esenciales de la moral cristiana sobre estos aspectos: la indisolubilidad del matrimonio, las relaciones entre amor y procreación, y la inmoralidad de las relaciones prematrimoniales, del aborto, de la contracepción y de la masturbación. Conviene recordar además que «las dos dimensiones de la unión conyugal, la unitiva y la procreativa, no pueden separarse artificialmente sin alterar la verdad íntima del mismo acto conyugal».

En este punto, será una preciosa ayuda para los padres el conocimiento profundo y meditado de los documentos de la Iglesia que tratan estos problemas.

La masturbación constituye un desorden grave, ilícito en sí mismo, que no puede ser moralmente justificado, aunque “la inmadurez de la adolescencia, que a veces puede prolongarse más allá de esa edad, el desequilibrio psíquico o el hábito contraído pueden influir sobre la conducta, atenuando el carácter deliberado del acto, y hacer que no haya siempre falta subjetivamente grave. Se debe ayudar a los adolescentes a superar estas manifestaciones de desorden que son frecuentemente expresión de los conflictos internos de la edad y no de una visión egoísta de la sexualidad, que es un don orientado a la donación personal. Al ayudarles, hay que diferenciar esa conducta de fenómenos fisiológicos inconscientes durante el sueño, aunque vayan acompañados de fantasías sexuales, y explicar las razones por las que no debe ser elegida libremente esa conducta:

- el placer sexual separado del amor no me interesa porque no merece la pena;
- es una acción incorrecta: repugna porque desconecta el placer del fin y significado de ese placer;
- es un gesto de inmadurez sexual, de falta de integración de la imaginación y las tendencias en la libertad;
- es tan obsesivo que esclaviza;

- es un gesto individualista y egoísta que dificulta o incapacita para el amor, aparta del amor de donación e impide mirar al otro más que bajo el aspecto de objeto de placer.

PROPORCIONARLES LOS MEDIOS PARA VENCER

Hay que enseñarles, con paciencia y confianza en la gracia de Dios, los medios que conducen a la integración de sus tendencias en su libertad:

- la comprensión de las dimensiones corpóreas. A esa edad, frecuentemente no están satisfechos de su aspecto físico: hace falta enseñarles que, a la vez que cuidan su desarrollo, no deben valorarse por apariencias y comparaciones;
- la aceptación y reforzamiento de su identidad sexual: positivamente, en la afirmación como varones, ayudándoles a no confundirse por estados transitorios de definición sexual no concluida totalmente;
- la integración de la espontaneidad sexual en la libertad, especialmente a esta edad en la fantasía y en la mirada;
- desarrollar la confianza en el éxito: Jesucristo ha enseñado a millones de jóvenes antes que ellos, en condiciones parecidas, a madurar en su libertad y su capacidad de amar
- además les ayuda mucho la confesión y la comunión frecuente, la amistad con el Señor y la devoción a la Santísima Virgen;
- despertar ya la alegría y la ilusión por una entrega total;
- cultivar todo lo que les ayuda a salir de sí mismos y a darse en la vida de familia, en el sentido de servicio que debe tener su estudio, en la amistad y el compañerismo, en la entrega a personas necesitadas, etc.
- ser firmes en no dejarse manipular por modelos neurotizados de pornografía, que les llegan por medio de la televisión, páginas de Internet, canciones, etc. Tienen que desarrollar un sano complejo de superioridad frente a formas tan pobres y frustrantes del deseo de amar y ser amado. Los padres deben apoyarles con firmeza para no ser ingenuos y evitar las luchas innecesarias (localización adecuada en el hogar de esos aparatos –nunca en su cuarto–, filtro en Internet, compañía y horarios en el uso de la TV, videojuegos, etc.).
- configurar una personalidad rica en intereses y actividades (científicos, culturales, altruistas, estéticos, deportivos...) les alejará del aburrimiento y del empobrecimiento interior, que suele ser su causa. A través de los consejos, que brotan del amor y de la paciencia, los padres ayudarán a los jóvenes a alejarse de un excesivo encerramiento en sí mismos y les enseñarán a caminar en contra de los usos sociales que tienden a sofocar el verdadero amor y el aprecio por las realidades del espíritu. A la vez, hay que provocar, facilitar y orientar que encuentren ambientes adecuados para las nuevas dimensiones de la personalidad que va desarrollándose.

La conciencia del significado positivo de la sexualidad, en orden a la armonía y al desarrollo de la persona, como también en relación con la vocación de la persona en la familia, en la sociedad y en la Iglesia, representa siempre el horizonte educativo. No se debe olvidar que el desorden en el uso del sexo tiende a destruir progresivamente la capacidad de amar de la persona, haciendo del placer el fin de la sexualidad –en vez del don sincero de sí–, y reduciendo a las otras personas a objetos para la propia satisfacción.

La hermosura y la “sacralidad” del cuerpo humano han dado lugar a maravillosas obras de arte. Pero cuando desaparece la persona, y con ella la donación recíproca, se da paso a la pornografía y a la obscenidad, es decir, el amor no con sujetos sino con objetos; la caída de la persona a la categoría de cosa.

El amor –también en su faceta corporal– es un don. Todo lo que frena y contraría este *hallazgo* rompe el plan divino y da paso al pecado entendido como desorden, como rebeldía y, en el fondo, como frustración. No en vano enseña Juan Pablo II que el que peca ofende a Dios en la medida que también se ofende a sí mismo. El Santo Padre pide que la familia y la vida sean puestos *en el centro de la nueva evangelización*, de manera que seamos más exigentes a la hora de anunciar la novedad y la belleza de la *verdad divina sobre la familia*.

El planteamiento de la verdad sobre el hombre, lleva incluido el aspecto vocacional, pues el hombre es un ser

con un destino. Hay que hacer referencia a “las dos vocaciones fundamentales de la vida cristiana, la de la virginidad y la del matrimonio, y su recíproca relación; y a las ‘dos dimensiones de la unión conyugal, la unitiva y la procreativa’, las cuales ‘no pueden separarse artificialmente sin alterar la verdad íntima del acto conyugal’ (Juan Pablo II, Carta a las familias *Gratissimam sane*, n. 12)” (*Directrices sobre la formación de los seminaristas acerca de los problemas relativos al matrimonio y a la familia*. Congregación para la Educación Católica, 6 de junio de 1995).

El camino del cristiano es un camino de amor. A los adolescentes hay que ayudarles a que entiendan en qué consiste la “civilización del amor” de la que ha hablado Juan Pablo II y se comprometan en su realización. Aprender a querer a Cristo es, para el cristiano, el camino para aprender a querer sin más.